

CAPÍTULO XXXI

Las Hospitalarias.

Pasó el conde una noche terrible, en un estado que se parecía mucho al delirio y la muerte.

Sin embargo, cumpliendo fielmente con sus deberes, apenas oyó anunciar la llegada del rey se levantó y le recibió en la verja, como ya hemos dicho; pero después de rendir homenaje á Enrique, saludar á la reina madre y dar la mano al almirante, volvió á encerrarse en su aposento, no decidido á morir, sino á poner en ejecución su proyecto, que nada era bastante á echar por tierra.

Así es que, á eso de las once de la mañana, es decir, cuando á consecuencia de haberse esparcido la noticia fatal, se dispersó todo el mundo dejando

al rey enteramente aturdido con aquel acontecimiento, Enrique fué á llamar á la puerta de su hermano, quien había pasado parte de la noche de servicio, y acababa de retirarse á su cámara.

— ¡Ah! ¿Eres tú? preguntó Joyeuse medio dormido: ¿qué hay?

— Vengo á despedirme de tí, hermano, respondió Enrique.

— ¿Cómo á despedirme? ¿Pues qué, te vas?

— Sí, hermano, porque ya nada me detiene aquí.

— ¿Cómo nada?

— ¿Qué duda tiene? como no se celebran las funciones á que querías concurrir, estoy libre de mi promesa.

— Te engañas, Enrique, respondió el gran almirante; pues así como ayer te encargué permanecer aquí, hoy no te permito que te vayas.

— Sea, hermano; pero en ese caso tendré el sentimiento, por la primera vez de mi vida, de obedecer tus mandatos y faltarte al respeto, porque desde ahora te digo que nada me impedirá abrazar la carrera religiosa.

— ¿Pero y la dispensa que debe venir de Roma?

— La esperaré en un convento.

— ¡De seguro estás loco! exclamó Joyeuse levantándose estupefacto.

— Al contrario, querido hermano, yo soy el más cuerdo de todos, puesto que soy el único que sé bien lo que me hago.

— ¿Pero no nos prometiste aguardarías un mes?

— Es imposible, hermano.

— Ocho días, á lo menos.

— Ni una hora.

— Mucho debes sufrir, pobre Enrique.

— Al contrario, por lo mismo que he dejado de sufrir, veo que el mal no tiene remedio.

— Pero al fin esa mujer no será de bronce; quizá podamos enternecerla, y yo la ablandaré.

— Nadie puede hacer cosas imposibles, Ana; además, aun cuando se dejase ablandar, ahora soy yo quien no consentiría en amarla.

— ¡Esa es otra!

— Te lo digo como lo siento, hermano.

— Cómo, ¿conque si ella te quisiese, tú no la querrias á ella? ¡Eso es de rabia, voto á Dios!

— ¡Oh! no, te aseguro que no, exclamó Enrique haciendo un movimiento como de horror; nada puede haber ya entre nosotros.

— ¿Qué quieres decir con eso? preguntó Joyeuse con sorpresa: ¿quién es esa mujer? Vamos, Enrique, habla, pues ya sabes que siempre nos hemos confiado nuestros secretos.

Enrique temió haber dicho demasiado, y aun con dejarse llevar del sentimiento que le animaba, abierto una puerta por donde pudiera penetrar el ojo escudriñador de su hermano hasta descubrir el terrible secreto que encerraba su corazón. Cayó, pues, en el exceso contrario, y como sucede siempre en semejantes casos, queriendo recoger las palabras imprudentes que había soltado, pronunció otras mucho más imprudentes.

— Hermano, dijo, te cansas en vano; esa mujer nunca será mía, porque pertenece á Dios.

— Todo eso es pura patraña; esa mujer será una beatona, y te ha mentido.

— No, hermano, no ha mentido, pues es hospitalaria: no hablemos de ella, y respetemos á los que se refugian en brazos del Señor.

Como Ana tenía sumo dominio sobre sí, supo no manifestar á Enrique la alegría que le causaba aquella revelación.

Así es que prosiguió:

— Todo eso es nuevo, puesto que nunca me has hablado de ello.

— Efectivamente, es nuevo, porque hace poco tiempo que ha tomado el velo; pero estoy seguro de que su resolución es tan irrevocable como la mía. De consiguiente, no me detengas por más tiempo, hermano; dame un abrazo con el mismo cariño que siempre, y deja que te dé las gracias por lo bondadoso que has sido conmigo, la paciencia con que has sufrido mis molestias, y el afecto entrañable que siempre has profesado á un pobre loco como yo.

Joyeuse miró á su hermano sin decir una palabra, como un hombre enternecido que cuenta con su enternecimiento para persuadir á otro; pero Enrique conservó su firmeza, respondiendo únicamente con su eterna melancólica sonrisa.

Joyeuse abrazó á su hermano y le dejó marchar, diciendo para sí:

— Vete, que por mucha prisa que tengas, no tardaré en atraparte.

Y se fué en busca del rey, á quien encontró almorzando en la cama, con Chicot al lado.

— ¡Buenos días! dijo Enrique á Joyeuse, me ale-

gro mucho de verte, Ana; temía fueses tan perezoso que te quedaras todo el día en cama. ¿Cómo está mi hermano?

— ¡Ah! señor, nada sé, y venía á hablaros del mío.

— ¿De cuál de ellos?

— De Enrique.

— ¿Insiste en encerrarse en un convento?

— Más que nunca.

— ¿Y está decidido á profesar?

— Sí, señor.

— Hace bien.

— ¿Cómo, señor?

— Sí, porque es el camino más derecho de ir al cielo.

— ¡Oh! dijo Chicot al rey, más pronto se llega por el que ha tomado tu hermano.

— Señor, ¿me permite V. M. que le haga una pregunta?

— Puedes hacerme cuantas quieras, Joyeuse, porque me fastidio en el castillo de Thierry, y tus preguntas me distraerán algo.

— Señor, ¿conoce V. M. todas las religiones del reino?

— Tanto como la heráldica, querido.

— ¿Tiene la bondad V. M. de decirme qué son hospitalarias?

— Son una comunidad muy distinguida, rígida y severa, que se compone de veinte señoras canonesas de San José.

— ¿Y profesan?

— Sí, pero se necesita un favor especial, y que las proponga la reina.

— ¿Será una indiscreción preguntar á V. M. dónde está situado el convento?

— No: está en la calle de la Cabecera de San Leandro, en la Cité, detrás del claustro de Nuestra Señora.

— ¿En París?

— Justamente.

— Gracias, señor.

— ¿Pero por qué diablos me preguntas todo esto? ¿Ha variado tu hermano de modo de pensar, y en vez de meterse á capuchino, quiere ser hospitalaria?

— No, no le creo tan loco que quiera hacer lo que dice V. M., pero sospecho que ha perdido la cabeza por alguno de esa comunidad, y quisiera descubrir quién es para hablarle.

— Por vida de... dijo el rey con aire de un bienaventurado, que hace siete años conocí á una superiora muy linda en ese convento.

— Pues bien, señor, quizá será la misma.

— No lo sé, porque también yo me hice después religioso, ó poco menos.

— Señor, dijo Joyeuse, déme V. M. una carta para esa superiora y licencia por dos días.

— Si me dejas, exclamó el rey, me voy á quedar solo aquí.

— ¡Ingrato! dijo Chicot encogiéndose de hombros, y yo, ¿no soy nadie?

— La carta, señor, si V. M. no lo lleva á mal, dijo Joyeuse.

El rey exhaló un suspiro y se puso á escribir.

— Pero tú nada tienes que hacer en París, dijo Enrique entregando la carta á Joyeuse.

— Perdonadme, señor, pero tengo que ir acompañando á mi hermano, á lo menos vigilándole.

— Tienes razón, véte, pues, y vuelve pronto.

Joyeuse no esperó á que le repitieran el permiso, pidió caballos sin estrépito, y seguro de que Enrique se había ya marchado, se dirigió á galope á su destino.

Sin quitarse siquiera las botas de montar, hizo el joven que le condujesen á la calle de la Cabecera de San Leandro.

Dicha calle iba á parar á la del Infierno y á la de los Marmosetes, paralela á ella.

Un edificio oscuro y venerable, detrás de cuyas paredes se distinguían las elevadas copas de algunos árboles, ventanas escasas y enrejadas, y una puerta, que más bien podía llamarse postigo : tal era el aspecto que por fuera presentaba el convento de las hospitalarias.

En la clave de la bóveda del pórtico había una inscripción, torpemente grabada á cincel, que decía :

Matronæ hospites.

El tiempo había medio corroído la piedra, y con ella la inscripción.

Joyeuse empujó el postigo, y mandó que llevaran sus caballos á la calle de los Marmosetes, temiendo no hiciese demasiado ruido su presencia en la del convento.

Entonces llamó á la reja del torno, diciendo :

— Tened la bondad de avisar á la señora superiora que el duque de Joyeuse, gran almirante de Francia, desea hablar con ella de parte del rey.

El rostro de la religiosa que se había presentado en la reja se enrojeció debajo de su toca, y el torno volvió á cerrarse.

Cinco minutos después se abrió una puerta, y Joyeuse entró en el locutorio.

Una mujer hermosa y de elevada estatura hizo á Joyeuse una profunda reverencia, y el almirante contestó con otra religiosa y mundana á la vez.

— Señora, dijo, el rey sabe que debéis admitir ó habéis admitido en clase de novicia á una persona con quien tengo que hablar : tened, pues, la bondad de ponerme en comunicación con ella.

— ¿Queréis decirme cómo se llama, caballero?

— Lo ignoro, señora.

— Entonces, ¿cómo queréis que acceda á vuestra petición?

— Nada más fácil : ¿á quién habéis admitido de un mes á esta parte?

— Ora me designéis positivamente esa persona, ora me la indiquéis únicamente, dijo la superiora, no podré satisfacer vuestro deseo.

— ¿Por qué?

— Porque de un mes á esta parte no he recibido á nadie, á no ser esta mañana.

— ¿Esta mañana?

— Sí, señor duque; y bien comprendéis que llegando, como llegáis dos horas después que ella, vuestra venida tiene visos de persecución, y no puedo daros permiso para que la habléis.

— Os lo suplico, señora.

— Es imposible, caballero.

— Me contento con que me enseñéis esa dama.

— Os digo que es imposible... además, vuestro nombre ha bastado para que os abra la puerta de mi convento; pero para hablar con alguno, excepto yo, se necesita que el rey lo mande por escrito.

— Aquí tenéis una orden de S. M., señora, respondió Joyeuse dándole la carta de Enrique.

La superiora la leyó, é inclinándose dijo:

— Hágase la voluntad de S. M., aun cuando contraría á la de Dios.

Y se dirigió hacia el patio del convento.

— Ahora, señora, dijo Joyeuse deteniéndola con política, ya veis que el derecho está de mi parte, pero temo equivocarme, quizá no sea esa dama la que yo busco; ¿queréis, pues, tener la bondad de decirme cómo es que ha venido aquí, por qué y quién la acompañaba?

— Todo eso es inútil, señor duque, replicó la superiora, no os equivocáis; esa dama que ha llegado al convento esta mañana, al cabo de quince días que hace la estamos esperando, esa dama que me ha recomendado una persona que ejerce sobre mí una autoridad omnimoda, esa dama es la persona á quien necesita hablar el señor duque de Joyeuse.

Dicho esto, la superiora hizo otra reverencia al duque y desapareció.

Al cabo de diez minutos volvió acompañada de una monja hospitalaria, cuyo rostro ocultaba enteramente un tupido velo.

Aquella monja era Diana, que ya se había puesto el hábito de la orden.

El duque dió gracias á la superiora, ofreció asiento á la tapada, se sentó, y la superiora se marchó ce-

rrando las puertas del sombrío y oscuro locutorio.

— Señora, dijo entonces Joyeuse sin más preámbulos, vos sois la dama de la calle de los Agustinos, esa mujer misteriosa á quien mi hermano, el conde Du Bouchage, ama perdidamente.

La hospitalaria inclinó la cabeza para responder, pero no habló.

Aquello le pareció á Joyeuse una impolítica, y como estaba prevenido en contra de su interlocutora, continuó:

— Ya sabéis, señora, que no basta ser bella ó pasar por tal, no tener corazón, producir una pasión miserable en el alma de un joven que lleva mi apellido, y decir á ese joven: «Tanto peor para vos, si es que tenéis corazón, pues yo no le tengo ni quiero tenerlo.»

— Yo no he dicho eso, caballero, estáis mal informado, contestó la hospitalaria con un tono de voz tan noble é interesante, que Joyeuse depuso su enfado momentáneamente.

— La poca ó mucha exactitud en las palabras, nada hace al caso, señora; lo cierto es que habéis rechazado el amor de mi hermano, reduciéndolo á la desesperación.

— Ha sido inocentemente, caballero, pues siempre he procurado alejar de mí al señor Du Bouchage.

— Eso se llama coquetería, señora, y el resultado constituye la falta.

— Nadie tiene derecho para acusarme, caballero; de nada soy culpable, y si os enfurecéis contra mí, no responderé.

— ¡Oh! ¡oh! dijo Joyeuse acalorándose más y

más, habéis perdido á mi hermano, y creéis justificaros con esa majestad provocadora; no, no, el paso que doy debe probaros mi intención, estoy serio, os lo juro, y ya veis en el temblor de mis manos y labios, que necesitáis emplear muy buenos argumentos para ablandarme.

La hospitalaria se levantó y dijo con la misma sangre fría :

Si habéis venido aquí para insultar á una mujer, insultadme, caballero ; pero si habéis venido para hacer que mude de dictamen, retiraos, porque perdéis el tiempo en balde.

— ¡Ah! está visto que no sois criatura humana, exclamó Joyeuse desesperado, sino un demonio.

— Había dicho que no respondería, pero ahora hago más, me retiro.

Y la hospitalaria dió un paso hacia la puerta, pero Joyeuse la detuvo exclamando :

— ¡Ah! esperad un momento, hace mucho tiempo que os busco para que vaya á dejaros ir de ese modo, y puesto que al fin he conseguido encontraros, puesto que al fin me he confirmado, al ver vuestra insensibilidad, en la idea que ya se me había ocurrido, de que sois una criatura infernal, enviada por el enemigo de los hombres para perder á mi hermano, quiero ver ese rostro en que Satanás ha escrito sus negros designios; quiero ver el brillo de esa mirada fatal que extravía los ánimos. ¡Fuera esos tapujos del diablo!

Y haciendo Joyeuse la señal de la cruz con una mano á manera de exorcismo, arrancó con la otra el velo que cubría el rostro á la hospitalaria, pero muda

ésta, impassible, sin encolerizarse, sin reconvenirle siquiera, fijó su dulce mirada en el que le estaba ultrajando con tanta crueldad, y dijo :

— ¡Oh! señor duque, lo que habéis hecho es indigno de un caballero.

Joyeuse se sintió herido en el corazón : tanta mansedumbre apaciguó su cólera ; tanta hermosura trastornó su razón.

— Sin duda, murmuró al cabo de un gran rato de silencio, seguramente sois bella, y no es extraño que Enrique se haya enamorado de vos; pero Dios os ha concedido la hermosura para esparcirla en un perfume sobre una existencia enlazada á la vuestra.

— Caballero, no demostráis haber hablado con vuestro hermano, ó si habéis hablado, no ha creído á propósito depositar en vos su confianza, pues de otro modo os hubiera contado que he hecho eso que decís : he amado, y no volveré á amar; he vivido, debo morir.

Joyeuse no cesaba de contemplar á Diana, y la llama de sus penetrantes miradas se infiltró hasta el fondo de su alma lo mismo que esos chorros de fuego volcánicos que derriten el bronce de las estatuas con sólo pasar cerca de ellas.

Aquel rayo devoró la parte material en el corazón del almirante ; sólo quedó en él oro puro, y crujía como el crisol con la violencia del metal fundido.

— ¡Oh! sí, volvió á decir en voz más baja y fijando en ella más y más sus ojos, en los cuales estaba pintado el fuego de la rabia, ¡oh! sí, Enrique ha debido enamorarse de vos... Por piedad, señora, os suplico de rodillas que améis á mi hermano.

Diana permaneció fría y silenciosa, y el duque prosiguió :

— No reduzcáis una familia á la agonía, no hagáis desaparecer el porvenir de nuestra raza, no hagáis que uno muera de desesperación y los otros de sentimiento.

Diana no respondía, y continuaba mirando tristemente al hombre que se inclinaba ante ella en ademán suplicante.

— ¡ Oh! exclamó al fin Joyeuse apretándose con furia el corazón con una mano crispada, ¡ ah! compadeceos de mi hermano y de mí, á quien devoran vuestras miradas... Adiós, señora, adiós.

Se levantó como un loco, corrió ó más bien arrancó los cerrojos de la puerta del locutorio, y se dirigió fuera de sí á donde se hallaban sus criados, los cuales le estaban esperando en el rincón de la calle del Infierno.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MEXICO, MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO XXXII

Su Alteza Monseñor el duque de Guisa.

El domingo 10 de junio, á eso de las once de su mañana, hallábase reunida toda la corte en la cámara situada antes de llegar al gabinete en que, desde su encuentro con Diana de Meridor, estaba agonizando el duque de Anjou de un modo lento y fatal.

Ni la ciencia de los médicos, ni la desesperación de su madre, ni las rogativas que el rey mandó hacer, habían conjurado aquel acontecimiento supremo.

Mirón declaró al rey aquella misma mañana que el mal no tenía remedio, y que Francisco de Anjou iba á expirar de un momento á otro.